

tarde, y hubieron de parar despues de haber andado dos leguas y media. El curioso que quisiere saber de este viage, lo remito al Diario que por extenso formó el P. Fr. Juan Crespi en el mismo camino; tomando el trabajo, en las paradas, de escribir lo que habian andado cada dia, con las particularidades ocurridas; y no lo inserto en esta Relacion, por evitar tanta difusion, considerando esta tarea agena del V. Padre Junípero; y paso á referir lo que este practicó en San Diego, interin la Expedicion salia á explorar el Puerto de Monterey.

CAPITULO XVII.

Funda la segunda Mision de San Diego, y lo que sucedió en ella.

Aquel fervoroso zelo en que continuamente ardía y se abrasaba el corazon de nuestro V. P. Fr. Junípero, no le permitia olvidar el principal objeto de su venida; y él fue quien le obligó (á los dos dias de salida la Expedicion) á dar principio á la Doctrina de San Diego en el Puerto de este nombre, con que se conocia desde el año de 1603, y lo habia señalado el General Don Sebastian Vizcaino. Hizo la funcion del establecimiento con la Misa cantada y demas ceremonias de costumbre que quedan expresadas en el tratado de la fundacion de la de San Fernando, el dia 16 de Julio, en que los Españoles celebramos el Triunfo de la Santísima Cruz, esperando, en que así como en virtud de esta sagrada Señal lograron los Españoles en el propio dia, el año de 1212, aquella célebre Victoria de los Bárbaros Mahometanos, lograrian tambien, levantando el Estandarte de la Santa Cruz, ahuyentar á todo el infernal Ejército, y sujetar al suave yugo de nuestra Santa Fé la barbaridad de los Gentiles que habitaban esta nueva California; y mas implorando el Patronio de Maria Santísima, á quien en el mismo dia celebra la universal Iglesia, baxo el título del Monte Carmelo. Con esta fé

fé y zelo de la salvacion de las almas, levantó el V. P. Junípero el Estandarte de la Santa Cruz, fixándola en el sitio que le pareció mas propio para la formacion del Pueblo, y á la vista de aquel Puerto. Quedaron de Ministros, nuestro V. Padre y Fr. Fernando Parron; y con la poca gente que existia sana, en los ratos que no era preciso asistir á los enfermos, se fueron construyendo unas humildes Barracas; y habiendose dedicado una para Iglesia interina, se procuraron atraer alli con dádivas y afectuosas expresiones, á los Gentiles que se dexaban ver; pero como quiera que estos no entendian nuestro idioma, no atendian á otra cosa que á recibir lo que se les daba, como no fuese comida, porque esta de manera alguna quisieron probarla, de suerte, que si á algun muchacho se le ponía un pedazo de dulce en la boca, lo arrojaba luego como si fuese veneno. Desde luego atribuyeron la enfermedad de los nuestros á las comidas que ellos jamas habian visto: Esta fué, sin duda, singular providencia del altísimo; porque si como apreciaban la ropa, se hubieran aficionado de los comestibles, hubieran acabado, por hambre, con aquellos Españoles.

Siendo tan grande su aversion á nuestras comidas, no era menor el deseo con que ansiaban por la ropa, hasta pasar al hurto de quantas cosas podian de esta clase; llegando á tanto extremo, que ni en el Barco estaban seguras sus velas; pues habiendose arrimado una noche á él, con sus balsas de tule, los hallaron cortando un pedazo de una, y en otra ocasion un calabrote, para llevarselo. Esto dió motivo á poner á bordo la Centinela de dos Soldados (de los ocho de Cuera que habian quedado) y con este temor hubieron de contenerse; pero á la Mision se minoró la Escolta, y mas en los dias festivos, que era menester fuesen con el Padre que iba á celebrar Misa en el Barco, otros dos Soldados de resguardo, por si se verificaba algun insulto de los Gentiles.

Todo esto observaron ellos atentamente, ignorando la fuerza de las armas de fuego, y confiando en la multitud de gente que tenian, y en sus flechas y macanas de madera,

en

en forma de sables, que cortan como el acero, y otras como porras ó mazos, con que hacen mucho estrago, empezaron á robar sin temor alguno; y viendo que no se les permitia, quisieron probar fortuna, quitando la vida á todos los nuestros, y quedando ellos con los expolios. Asi lo intentaron hacer en los días 12 y 13 de Agosto; pero habiendo hallado resistencia, hubieron de retirarse.

El día 15 del mismo mes, en que se celebra la gran festividad de la gloriosa Asuncion de nuestra Reyna y Señora á los Cielos) luego que salieron con el P. Fr. Fernando, que iba á decir Misa á bordo, dos de los Soldados, quedando solos quatro en la Mision, y habiendo acabado de celebrar el santo Sacrificio el V. P. Presidente, y el Padre Vizcaino, en que comulgaron algunos, cayó un gran número de Gentiles, armados todos á guerra, y empezaron á robar quanto encontraban, quitando á los pobres enfermos hasta las sábanas con que se cubrian. Gritó luego al arma el Cabo; y viendo los contrarios la accion de vestirse los Soldados las cuernas y adargas (armas defensivas con que se burlan de las flechas) y que al mismo tiempo tomaban los fusiles, se apartaron, empezando á disparar sus flechas, y los quatro Soldados, Carpintero y Herrero á hacer fuego con valor; pero principalmente el Herrero, que sin duda la Sagrada Comunión, que acababa de recibir, le infundió extraordinario aliento; y no obstante de no tener enera para resguardo, iba por entremedio de las casas ó Barracas, gritando: « Viva la Fé » de Jesu Christo, y mueran esos perros enemigos de ella; » y haciendo fuego al mismo tiempo contra los Gentiles.

El V. P. Presidente con su Compañero se hallaba dentro de la Barraca, encomendando á Dios á todos, para que no resultase alguna muerte, asi de los Gentiles, para que no se perdiesen aquellas almas sin Bautismo, como de los nuestros. Quiso el Padre Vizcaino mirar si se retiraban los Indios, y con este fin alzó un poco la manta de ixtle ó pita, que servia de puerta á aquella habitacion; pero no bien lo hubo hecho, quando una flecha le hirió la mano (que aunque des-

pues

pues sanó, le quedó siempre malo un dedo) y con esto, dexando caer la cortina, no trató mas que de encomendarse á Dios, como lo hacia su Siervo Fr. Junípero.

Continuando la guerra, y los funestos alaridos de los Gentiles, se entró á toda prisa en la Barraca de los Padres el Mozo que los cuidaba, llamado Joseph Maria, y postrándose á los pies de nuestro Venerable, le dixo: « Padre, absuelvame, que me han muerto los Indios. » Absolviólo el Padre é inmediatamente quedó muerto, pues le habian traspasado la garganta; y ocultando los Ministros esta muerte, la ignoraron los Gentiles. De estos cayeron varios; y viendo los otros la fuerza de las armas de fuego, y el valor de los Christianos, se retiraron luego con sus heridos, sin dexar alguno tirado, para precaver que los nuestros supiesen (como no lo consiguieron) si habia muerto alguno en el combate. De los Christianos quedaron heridos, á mas del Padre Vizcaino, un Soldado de Cuera, un Indio Californio, y el valeroso Herrero; pero ninguno de cuidado, pues en breve tiempo sanaron todos, y la muerte del citado Mozo quedó en silencio.

De los Gentiles, aunque ocultaron los difuntos, se supo los que quedaron heridos; pues á pocos días vinieron de paz, pidiendo los curasen, como lo hizo de caridad el buen Cirujano, y los puso buenos. Esta caridad que observaron en los nuestros, obligó á los Indios á cobrarles algun afecto; y la triste experiencia de su desgraciada empresa, les infundió temor y respeto, con que se portaron ya de distinto modo que antes, frecuentando visitar la Mision; pero sin ningun aparato de armas.

Entre los que mas se acercaban, habia un Indio de edad de quince años, que raro dia dexaba de ocurrir, y ya comia sin el menor rezelo, quanto le daban los Padres. Procuró nuestro Fr. Junípero regalarlo, y que aprendiese algo de nuestro idioma, para ver si por este medio conseguia algun Bautismo de los Párvulos. Pasados algunos dias, y entendiendo ya algo el Indio, le dixo el V. Padre, que viese si le traía algun

alguna chiquito, con consentimiento de sus Padres, que lo haria Christiano como nosotros, echandole una poca de agua en la cabeza, con que quedaria hijo de Dios, y del Padre, y pariente de los Soldados (que ellos llamaban *Cuerés*) y le regalaria ropa para que anduviese vestido como los Españoles. Con estas expresiones, y otras que su fervoroso zelo le hacia idear, parece que el Indio lo entendió, y comunicándolo á los demás, vino dentro de pocos dias con un Gentil (y otros muchos que lo acompañaban) que traia en brazos un niño, y daba á entender por las señas que hacia, que era su voluntad se lo bautizasen. Llenandose de gozó nuestro V. Padre, dió luego una poca de ropa para cubrir al niño, convidó al Cabo para Padrino, y á los Soldados para que solemnizasen el primer Bautismo, que presenciaron tambien los Indios. Luego que el V. Padre concluyó las ceremonias, y estando para echarle el agua, arrebataron los Gentiles al niño, y se marcharon con él á la Rancheria, dexando al V. Padre con la concha en la mano. Aquí fué menester toda su prudencia para no inmutarse con tan grosera accion, y su respeto para contener á los Soldados no vengasen el desacato; pues considerando la barbaridad é ignorancia de aquellos miserables, fué preciso el disimular.

Fué tanto el sentimiento de nuestro V. Padre por habersele frustrado bautizar á aquel niño, que por muchos dias le duró, y se miraba en su semblante el dolor y pena que padecia, atribuyendo S. R. á sus pecados el hecho de los Gentiles; y aun despues de pasados años, quando contaba este caso, necesitaba enjugarse los ojos de las lágrimas que vertia, concluyendo con estas palabras: " Demos gracias á Dios, que ya tantos se han logrado sin la menor repugnancia. " Asi fué, pues logró ver en aquella Mision de San Diego el número de 1046. bautizados, entre párbulos y adultos, que todos deben esta dicha al apostólico afan de nuestro Venerable Presidente; y entre ellos fueron muchos de los mismos que intentaron quitarle la vida á los principios.

Muy contraria fué la suerte que tuvo un infeliz de los prin-

principales motores de este alboroto, que lexos de imitar á los demás en el arrepentimiento, permaneció obstinado en sus gentílicos errores, y fué tambien de los primeros que se sublevaron el año de 75, de que hablaré en su lugar y de los que ocurrieron á la cruel muerte y martirio del V. P. Fr. Luis Jayme. Estando por este último hecho preso con otros muchos en el Quartel del Presidio, baxó por el mes de Agosto de 1776 el V. P. Fr. Junípero, llegó allí el Siervo de Dios, y quiso visitar á los encarcelados, así para darles algun consuelo, como para exhortarlos á que se convirtiesen á nuestra Santa Fé. El Sargento enseñó á nuestro V. Presidente el miserable Gentil (que con los demás estaba en cepo) y era el mismo que intentó en el año de 1769 quitarle la vida á S. R. y demás al principio de la fundacion. Aquí desahogó el ardor de su zelo nuestro V. Padre en continuas exhortaciones, y amorosas pláticas, á aquel infeliz, persuadiendole á que se hiciese Christiano, seguro de que en tal caso, Dios nuestro Señor y el Rey le perdonarian sus delitos; pero no pudo sacarle palabra, quando compungidos los demás pidieron al Siervo de Dios intercediese por ellos, que querian ser Christianos, como se logró despues. Este desventurado Gentil, siendo homicida de sí mismo, amaneció muerto el dia 15 de Agosto de 1776, (que hacia siete años puntualmente de la primera invasion) siendo de admirar que al lado de los Compañeros se echó una soga al cuello, con que se quitó la vida, y no hubo quien lo advirtiese, ni la Centinela, ni los presos que estaban inmediatos. Quedaron todos confundidos, así con aquel desastrado fin del infeliz, como por haber sucedido en el mismo dia de la Asuncion de nuestra Señora, en que se cumplian los siete años que habia intentado matar al V. P. Fr. Junípero y demas que lo acompañaban; con lo que se hubieran frustrado las espirituales Conquistas, como despues veremos.